

El libro de Daniel - Número ciento cincuenta

Interpretación de Ezequiel 37 y su relevancia para los últimos días

Jeff Pippenger

2024-03-21

Después de que Ezequiel describe el proceso mediante el cual las dos naciones llegan a ser una sola, señala que la nación será gobernada por el rey David, que Él hará un pacto con ellos y que Su tabernáculo estará con ellos.

No volverán a contaminarse con sus ídolos, ni con sus abominaciones, ni con ninguna de sus transgresiones; sino que los salvaré de todos sus lugares de morada, en los cuales han pecado, y los limpiaré; y serán mi pueblo, y yo seré su Dios. Y David mi siervo será rey sobre ellos; y todos tendrán un solo pastor; andarán en mis juicios, y guardarán mis estatutos, y los pondrán por obra. Y habitarán en la tierra que di a Jacob mi siervo, en la cual habitaron vuestros padres; y habitarán en ella, ellos, sus hijos y los hijos de sus hijos, para siempre; y mi siervo David será su príncipe para siempre. Además, haré con ellos un pacto de paz; será un pacto eterno con ellos; los estableceré y los multiplicaré, y pondré mi santuario en medio de ellos para siempre. Mi tabernáculo también estará con ellos; sí, yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y las naciones sabrán que yo, el Señor, santifico a Israel, cuando mi santuario esté en medio de ellos para siempre. Ezequiel 37:23-28.

El capítulo treinta y siete de Ezequiel presenta una exposición muy detallada del sellamiento de los ciento cuarenta y cuatro mil. Habla de los dos palos, que han de convertirse en una sola nación cuando la divinidad se combine con la humanidad, y que tendrán un rey sobre ellos. Esa única nación es la iglesia de Dios de los últimos días, que son los ciento cuarenta y cuatro mil. Los dos palos son los dos períodos de dispersión de los reinos del norte y del sur de Israel. Esos dos palos son aquellos a quienes Pablo identifica como el "cuerpo", cuando también identifica a Cristo como la "cabeza" de ese cuerpo. Ezequiel identifica la "cabeza" de Pablo como "el rey David", y el "cuerpo" como "una sola nación".

En el mensaje que se dio al Adventismo en 1856, representado por la serie inconclusa sobre los "siete tiempos" de Hiram Edson, de 1856, Edson se refiere a la profecía de los sesenta y cinco años del capítulo siete de Isaías como el punto de referencia bíblico para los puntos de partida de ambos períodos de siete tiempos. La profecía temporal de los sesenta y cinco años se sitúa en un contexto enigmático, semejante a los pasajes del libro del Apocalipsis que dicen: "El que tiene oídos, oiga." Si se tienen ojos para percibir y oídos para comprender, hay algo muy maravilloso en ese pasaje.

Porque la cabeza de Siria es Damasco, y la cabeza de Damasco es Rezín; y dentro de sesenta y cinco años Efraín será quebrantado hasta dejar de ser pueblo. Y la cabeza de Efraín es Samaria, y la cabeza de Samaria es el hijo de Remalías. Si no creyereis, de cierto no permaneceréis. Isaías 7:8, 9.

La profecía de los sesenta y cinco años comenzó en 742 a.C., y dentro de esos sesenta y cinco años, diecinueve años más tarde, en 723 a.C., el reino del norte de Israel fue llevado a la esclavitud por Asiria; y cuando aquellos años concluyeron en 677 a.C., Manasés fue hecho cautivo por Babilonia. Esos sesenta y cinco años también estuvieron representados en los cumplimientos que pusieron fin a las dispersiones de las dos naciones, que habían de convertirse en una sola vara en la narrativa de Ezequiel. Marcaron 1798, 1844 y 1863, respectivamente. En los versículos que identifican el mensaje que fue rechazado en 1863 hay una revelación profética especial en la que la profecía se halla formulada.

Es la revelación de que la "cabeza" de una nación es su capital, y que la "cabeza" de la capital es el rey. Aporta dos testigos de esta revelación y luego lleva toda la profecía y la revelación a su conclusión con el enigma: "Si no creéis, de cierto no seréis establecidos". Si no creéis que el rey es la cabeza, y que la cabeza es la capital, entonces no seréis establecidos.

La nación de la que habla Ezequiel, que se produce al unir las dos varas de los reinos del norte y del sur, debía tener un rey, que es cabeza, que es la ciudad capital de la nación. Todo el pasaje de Ezequiel se refiere a las características proféticas del sellamiento de los ciento cuarenta y cuatro mil, el cual representa la unión de la Divinidad con la humanidad durante el período del toque de la séptima trompeta del Islam del tercer ay.

Los días del toque de la Séptima Trompeta, en el capítulo diez de Apocalipsis, comenzaron cuando "no habría más tiempo", lo cual fue el 22 de octubre de 1844, cuando llegó el tercer ángel. En ese momento Juan experimentó la amargura de esa fecha, y allí mismo se le dijo que midiera el templo, pero que omitiera la historia de los mil doscientos sesenta años del hollamiento del santuario y de la hueste, porque ese período fue entregado a los gentiles.

Y el ángel que yo vi de pie sobre el mar y sobre la tierra alzó su mano al cielo, y juró por el que vive por los siglos de los siglos, que creó el cielo y las cosas que en él hay, y la tierra y las cosas que en ella hay, y el mar y las cosas que en él hay, que el tiempo no será más; sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a sonar, el misterio de Dios se consumará, como lo anunció a sus siervos, los profetas. Y la voz que yo oí del cielo habló otra vez conmigo y dijo: Ve y toma el librito que está abierto en la mano del ángel que está en pie sobre el mar y sobre la tierra.

Y me acerqué al ángel y le dije: Dame el librito. Y me dijo: Tómallo y cómetelo; y te amargaré el vientre, pero en tu boca será dulce como la miel. Y tomé el librito de la mano del ángel, y me lo comí; y en mi boca era dulce como la miel; y cuando lo hube comido, mi vientre fue amargo. Y me dijo: Es necesario que profetices otra vez ante muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes. Y me fue dada una caña semejante a una vara; y el ángel se puso en pie, diciendo: Levántate y mide el templo de Dios, y el altar, y a los que en él adoran. Pero el atrio que está fuera del templo, déjalo aparte y no lo midas; porque ha sido entregado a los gentiles; y hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses. Apocalipsis 10:5-11:2.

El templo que Juan debía medir el 22 de octubre de 1844 era el templo que tenía adoradores «en él». El atrio debía dejarse fuera. El templo que tiene un altar, y que también tiene adoradores en su

interior, es el Lugar Santo del santuario celestial. Había un altar en el atrio, pero ese debía dejarse fuera, así que el único otro altar en el santuario de Dios es el altar del incienso, que se encuentra en el Lugar Santo. A la llegada del tercer ángel en 1844, que tipificó la llegada del tercer ángel al comienzo del tiempo del sellamiento el 11 de septiembre de 2001, el templo constaba de solo dos compartimentos.

El Lugar Santo era un símbolo de la Iglesia, que Pablo identifica como el cuerpo, y el Lugar Santísimo era un símbolo de la cabeza del cuerpo. El Lugar Santo es símbolo de la humanidad, y el Lugar Santísimo es el símbolo de la divinidad. El altar y el humo que ascendían del altar, que subían y entraban en el Lugar Santísimo, representan el punto donde la humanidad se conectaba con la divinidad. La humanidad solo puede entrar al Lugar Santísimo por la fe, pero la experiencia de los fieles se encuentra en el Lugar Santo.

Allí han de alimentarse de la Palabra de Dios, como lo representan los panes sobre la mesa de los panes de la proposición. Allí han de dejar que su luz brille delante de los hombres y glorificar a su Padre celestial, como lo simboliza el candelero de siete brazos, que, según se nos informa, representa a la Iglesia. Allí han de entrar en comunión con la Divinidad, al ascender sus oraciones con los méritos de Cristo hasta la misma presencia de la Divinidad.

Desde 1798 hasta 1844, el Arquitecto del Templo levantó un templo de la humanidad que Él pretendía unir con Su templo de la divinidad, pero la humanidad se rebeló. A partir de 2001, Él vuelve a levantar el templo de la humanidad, representado como los ciento cuarenta y cuatro mil. Según Ezequiel, el "rey David" ha de reinar sobre la nación, la cual es transformada de un valle de huesos laodicensés secos y muertos en el poderoso ejército que es alzado como estandarte ante la inminente ley dominical.

El reino del sur, Judá, era donde se encontraba la ciudad capital de Jerusalén, y la nación, el rey y la capital representan la "cabeza". Ciertamente, si creen, serán establecidos. En la relación entre los reinos del norte y del sur, Judá era la "cabeza"; allí estaba la capital, Jerusalén, la ciudad que el Señor escogió para poner Su nombre. El reino del norte era el "cuerpo". A causa de la apostasía de Salomón, el Señor suscitó adversarios contra Salomón. Uno de esos adversarios fue Jeroboam, quien llegó a ser el primer rey del reino del norte de Israel, ya dividido.

Y Jeroboam hijo de Nabat, efrateo de Zeredá, siervo de Salomón, cuya madre se llamaba Zeruá, mujer viuda, éste alzó su mano contra el rey. Y esta fue la causa por la cual alzó su mano contra el rey: Salomón edificó Millo, y reparó las brechas de la ciudad de David su padre. Y el varón Jeroboam era esforzado y valiente; y viendo Salomón que el joven era laborioso, lo puso por jefe sobre todo el cargo de la casa de José. Y aconteció en aquel tiempo, cuando Jeroboam salió de Jerusalén, que el profeta Ahías silonita lo halló en el camino; y él iba vestido con un manto nuevo; y los dos estaban solos en el campo. Y Ahías asió el manto nuevo que llevaba puesto, y lo rasgó en doce pedazos; y dijo a Jeroboam: Toma para ti diez pedazos; porque así dice el Señor, el Dios de Israel: He aquí, yo arrancaré el reino de la mano de Salomón, y te daré diez tribus; (pero él tendrá una tribu por amor a mi siervo David, y por amor a Jerusalén, la ciudad que he escogido de entre todas las tribus de Israel:)

Por cuanto me han dejado y han adorado a Astarté, diosa de los sidonios, a Quemos, dios de los moabitas, y a Milcom, dios de los hijos de Amón, y no han andado en mis caminos para hacer lo recto ante mis ojos y para guardar mis estatutos y mis juicios, como lo hizo David su padre. Con todo, no quitaré de su mano todo el reino; sino que lo dejaré por príncipe todos los días de su vida, por amor de David mi siervo, a quien escogí, por cuanto guardó mis mandamientos y mis estatutos. Pero quitaré el reino de la mano de su hijo, y te daré diez tribus. Y a su hijo daré una tribu, para que mi siervo David tenga lámpara perpetuamente delante de mí en Jerusalén, la ciudad que yo he elegido para poner en ella mi nombre. 1 Reyes 11:26-36.

La nación que fue creada cuando Ezequiel unió los dos palos habría de tener por rey a "David", y David reinó desde Jerusalén, que es la ciudad capital donde Dios escogió poner su nombre. Las diez tribus del norte eran símbolo del cuerpo, y Jerusalén era el símbolo de la cabeza. A causa de los pecados de Manasés, Judá fue llevado en cautiverio a Babilonia en 677 a. C., dando así comienzo a la dispersión de los "siete tiempos" contra el reino del sur. En ese momento el Señor rechazó a Jerusalén.

Con todo, el Señor no se apartó del ardor de su gran ira, con la que su enojo se encendió contra Judá, a causa de todas las provocaciones con que Manasés lo había provocado. Y el Señor dijo: También quitaré a Judá de delante de mi rostro, como quité a Israel, y desecharé esta ciudad de Jerusalén que he escogido, y la casa de la cual dije: Mi nombre estará allí. 2 Reyes 23:26, 27.

Fue en la "casa" en Jerusalén donde Él escogió poner Su nombre, y la ciudad y la casa fueron desechadas, pero Zacarías prometió que el Señor volvería a escoger Jerusalén.

Entonces respondió el ángel del Señor y dijo: Oh Señor de los ejércitos, ¿hasta cuándo no tendrás misericordia de Jerusalén y de las ciudades de Judá, contra las cuales has estado airado estos setenta años? Y el Señor respondió al ángel que hablaba conmigo con palabras buenas, palabras consoladoras. Así que el ángel que conversaba conmigo me dijo: Clama, diciendo: Así dice el Señor de los ejércitos: Estoy celoso de Jerusalén y de Sion con gran celo. Y estoy muy airado contra las naciones que están reposadas; porque yo estaba sólo un poco airado, pero ellas agravaron la aflicción. Por tanto, así dice el Señor: He vuelto a Jerusalén con misericordias; mi casa será edificada en ella, dice el Señor de los ejércitos, y el cordel será tendido sobre Jerusalén.

Clama aún, diciendo: Así dice el Señor de los ejércitos: Mis ciudades, por la prosperidad, volverán a extenderse; y el Señor aún consolará a Sion, y aún escogerá a Jerusalén. Luego alcé mis ojos y miré, y he aquí cuatro cuernos. Y dije al ángel que hablaba conmigo: ¿Qué son estos? Y me respondió: Estos son los cuernos que esparcieron a Judá, a Israel y a Jerusalén. Y el Señor me mostró cuatro carpinteros. Entonces dije: ¿Qué han venido estos a hacer? Y él habló, diciendo: Estos son los cuernos que esparcieron a Judá, de modo que nadie alzaba su cabeza; pero estos han venido para hacerlos temblar, para derribar los cuernos de los gentiles, que alzaron su cuerno sobre la tierra de Judá para dispersarla.

Alcé de nuevo mis ojos, y miré, y he aquí un hombre con un cordel de medir en su mano. Entonces dije: ¿Adónde vas? Y él me dijo: A medir Jerusalén, para ver cuál es su anchura y cuál es su longitud. Y he aquí, el ángel que hablaba conmigo salió, y otro ángel salió a su

encuentro, y le dijo: Corre, habla a ese joven, diciendo: Jerusalén será habitada como ciudades sin muros, por la multitud de hombres y de ganado en medio de ella; porque yo, dice el Señor, seré para ella muro de fuego en derredor, y seré la gloria en medio de ella. ¡Ea, ea!, salid y huid de la tierra del norte, dice el Señor; porque os he esparcido como los cuatro vientos del cielo, dice el Señor. Líbrate, Sion, tú que moras con la hija de Babilonia. Porque así dice el Señor de los ejércitos: Tras la gloria me ha enviado a las naciones que os despojaron; porque el que os toca, toca la niña de su ojo.

Porque, he aquí, agitaré mi mano sobre ellos, y serán botín para sus siervos; y sabréis que el Señor de los Ejércitos me ha enviado. Canta y regójate, oh hija de Sión, porque, he aquí, yo vengo y habitaré en medio de ti, dice el Señor. Y muchas naciones se unirán al Señor en aquel día, y serán mi pueblo; y habitaré en medio de ti, y sabrás que el Señor de los Ejércitos me ha enviado a ti. Y el Señor heredará a Judá, su porción, en la tierra santa, y escogerá de nuevo a Jerusalén. Calle toda carne delante del Señor, porque él se ha levantado de su santa morada. Zacarías 1:12-2:13.

Las promesas del Señor de volver a elegir Jerusalén se cumplieron cuando el antiguo Israel reconstruyó Jerusalén después de su cautiverio en Babilonia, pero los profetas hablan más acerca de los últimos días que de los días en que vivieron. El Señor fue "levantado fuera de su santo templo", el 22 de octubre de 1844, cuando Él se levantó y se trasladó del Lugar Santo al Lugar Santísimo, momento en el que "toda carne" debía "guardar silencio" delante del Señor, porque había llegado el Día de la Expiación antitípico, de acuerdo con Habacuc DOS-VEINTE.

Pero el Señor está en su santo templo: que toda la tierra guarde silencio delante de él. Habacuc 2:20.

En aquel tiempo, a Juan en el capítulo once de Apocalipsis se le dijo que midiera el templo, lo cual Zacarías presenció cuando "alzó de nuevo sus ojos, y miró, y he aquí un hombre con un cordel de medir en su mano". Entonces Zacarías dijo: "¿Adónde vas?" Y Juan le dijo a Zacarías: "A medir Jerusalén, para ver cuál es su anchura y cuál es su longitud". La historia de la reconstrucción de Jerusalén después del cautiverio de setenta años, y la historia que comenzó en 1798 pero terminó en rebelión cuando llegó el tercer ángel en 1844, ambas identifican la obra que comenzó el 11 de septiembre de 2001.

El reino del sur, la ciudad de Jerusalén y el rey David constituyen la "cabeza" en la cual ha de manifestarse el carácter de Dios. El reino del norte representa el "cuerpo", y cuando el Señor determinó una vez más "tener misericordia de Jerusalén" y "consolarla" y nuevamente "escogerla", Él identifica el sellamiento de los ciento cuarenta y cuatro mil, lo cual incluye la unión de los huesos secos y muertos de Laodicea, y posteriormente el avivamiento de esos huesos en un ejército poderoso.

Esa obra está representada en el capítulo treinta y siete de Ezequiel, y la representan los reinos del norte y del sur, que proporcionan un símil de la obra de cumplir la promesa del pacto de escribir Su ley en los corazones y las mentes de los ciento cuarenta y cuatro mil. De los dos palos, uno, y solo uno, se identifica como la cabeza, y si crees, si tus ojos pueden percibir y tus oídos pueden

entender, esto identifica al otro palo como el cuerpo.

Continuaremos este estudio en el próximo artículo.

Sobre el fundamento que el mismo Cristo había puesto, los apóstoles edificaron la iglesia de Dios. En las Escrituras se usa con frecuencia la figura de la edificación de un templo para ilustrar la edificación de la iglesia. Zacarías se refiere a Cristo como el Renuevo que edificará el templo del Señor. Habla de los gentiles como colaboradores en la obra: "Los que están lejos vendrán y edificarán en el templo del Señor"; e Isaías declara: "Los hijos del extranjero edificarán tus muros". Zacarías 6:12, 15; Isaías 60:10.

"Al escribir acerca de la edificación de este templo, Pedro dice: 'Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, pero para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptables a Dios por medio de Jesucristo.' 1 Pedro 2:4, 5."

En la cantera del mundo judío y gentil, los apóstoles trabajaron, sacando piedras para colocarlas sobre el fundamento. En su carta a los creyentes de Éfeso, Pablo dijo: "Así que ya no son extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y de la familia de Dios; y están edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Jesucristo mismo la piedra angular principal; en quien todo el edificio, bien ensamblado, crece para ser un templo santo en el Señor; en quien también ustedes son juntamente edificados para ser morada de Dios por medio del Espíritu." Efesios 2:19-22.

Y a los Corintios les escribió: «Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo, como perito arquitecto, puse el fundamento, y otro edifica sobre él. Pero cada uno mire cómo sobreedifica. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que ya está puesto, el cual es Jesucristo. Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y el fuego probará la obra de cada cual, de qué clase es.» 1 Corintios 3:10-13.

Los apóstoles edificaron sobre un fundamento seguro, esto es, la Roca de los siglos. A este fundamento trajeron las piedras que extrajeron de la cantera del mundo. No laboraron los edificadores sin obstáculos. Su obra se hizo sobremanera difícil por la oposición de los enemigos de Cristo. Tuvieron que contender contra el fanatismo, el prejuicio y el odio de quienes edificaban sobre un fundamento falso. A muchos de los que trabajaron como edificadores de la iglesia se los podría comparar con los constructores del muro en los días de Nehemías, de quienes está escrito: 'Los que edificaban en el muro, y los que llevaban cargas, con los que las ponían, cada uno con una de sus manos trabajaba en la obra, y con la otra mano tenía un arma.' Nehemías 4:17. Hechos de los Apóstoles, 595-597.